

Lunes

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Deuteronomio 10,12-22

En aquellos días, habló Moisés al pueblo diciendo: ¹² Y ahora, Israel, ¿qué es lo que te pide el Señor, tu Dios, sino que le honres, que sigas todos sus caminos, lo ames y sirvas al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y toda tu alma, ¹³ observando los mandamientos y las leyes del Señor que yo te prescribo hoy para que seas feliz?

¹⁴ Del Señor, tu Dios, son los cielos, aun los más altos, la tierra y cuanto hay en ella. ¹⁵ Sin embargo, sólo en tus antepasados se fijó el Señor, y esto por amor; y después de ellos eligió a su descendencia, a vosotros mismos, entre todas las naciones, hasta el día de hoy.

¹⁶ Circuncidad vuestro corazón y no seáis tercos, ¹⁷ pues el Señor, vuestro Dios, es el Dios de los dioses y el Señor de los señores; el Dios grande, fuerte y temible que no hace acepción de personas ni acepta sobornos; ¹⁸ que hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al emigrante, suministrándole pan y vestido. ¹⁹ Amad vosotros también al emigrante, ya que emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto. ²⁰ Honrarás al Señor, tu Dios, lo servirás, te adherirás a él y en su nombre jurarás. ²¹ Él es tu gloria y tu Dios, y ha hecho por ti los terribles portentos que has visto con tus propios ojos. ²² Cuando tus antepasados bajaron a Egipto no eran más que setenta personas,

pero ahora el Señor, tu Dios, te ha multiplicado como las estrellas del cielo.

➡ El camino semanal se abre con una lectura fuerte desde el punto de vista teológico y espiritual. Es el segundo discurso dirigido por Moisés a los israelitas, y está totalmente dedicado a confirmar la fidelidad al Señor. La primera parte del fragmento de hoy resume, como es usual en la pedagogía bíblica, la parte central del discurso anterior: amar y servir a Dios con todo el corazón y con toda el alma, observando sus mandamientos. Ahora bien, al primer mandamiento –amar a Dios y observar sus mandamientos– se añade ahora, con toda lógica, el segundo: el amor *al prójimo*. El discurso está introducido a partir del amor que Dios tiene a todos.

Tras una serie de títulos teológicos de YHWH –Dios de los dioses, Señor de los señores, Dios grande, fuerte y temible– aparece la afirmación de su amor universal, especialmente por los más menesterosos: no hace acepción de personas, no acepta sobornos, hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al emigrante, suministrándole pan y vestido (vv. 17b-18). Salen aquí a la luz tres categorías de pobreza a las que Dios socorre con su benevolencia: huérfanos, viudas y emigrantes. El comportamiento de Dios es una invitación dirigida al pueblo para que obre del mismo modo, manteniendo siempre vivo el recuerdo de cuanto YHWH ha hecho por Israel (v. 19). Esta imitación del comportamiento de YHWH es expresión de una santidad histórica y social.

En el centro del discurso figura, por último, una insinuación de gran valor teológico: no hay que hacer de la circuncisión, signo de la alianza, ni una ocasión de jactancia ni una praxis material que garantiza la pertenencia al Señor y al pueblo. Con una expresión que se remonta más bien a la tradición profética, se habla de la *circuncisión del corazón* (v. 16): no hay que tener un

corazón endurecido, sino un corazón de carne, limpio de toda superficialidad, siempre dispuesto para la alabanza del Señor y para mostrar ternura con los menesterosos.

Evangelio: Mateo 17,22-27

²² Un día que estaban juntos en Galilea, les dijo Jesús:

–El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, ²³ y le darán muerte, pero al tercer día resucitará.

Y se entristecieron mucho.

²⁴ Cuando llegaron a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los que cobraban el impuesto del templo y le dijeron:

–¿No paga vuestro maestro el impuesto?

²⁵ Pedro contestó:

–Sí.

Al entrar en la casa, se anticipó Jesús a preguntarle:

–¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿a quiénes cobran los impuestos y contribuciones: a sus hijos o a los extraños?

²⁶ Pedro contestó:

–A los extraños.

Jesús le dijo:

–Por tanto, los hijos están exentos. ²⁷ Con todo, para que no se escandalicen, vete al lago, echa el anzuelo y saca el primer pez que pique, ábrele la boca y encontrarás en ella una moneda de plata. Tómala y dásela por mí y por ti.

➡ El texto contiene un segundo anuncio de la futura y próxima pasión de Jesús. El Maestro, tanto en los sinópticos como en Juan, se muestra siempre lúcidamente consciente de su propio destino, camina con los ojos abiertos hacia Jerusalén –ésta es la nota típica de Lucas–, es soberanamente libre en su cumplimiento de la voluntad del Padre. No puede decirse que la pasión haya sido para Jesús un incidente político, un precio pa-

gado por su ingenuidad, un fracaso anunciado. En el fondo –no lo olvidemos– se encuentra siempre la perspectiva final de la resurrección, algo que los discípulos ni comprenden ahora ni comprenderán después. No fueron capaces de esperar hasta el fatídico tercer día anunciado.

Sobre el fondo de este anuncio se inserta el episodio del pago del impuesto religioso para el mantenimiento del templo, de sus estructuras, de su culto, de los encargados de este último. Jesús, libremente soberano, verdadero templo de Dios e Hijo del Dios vivo (el Dios del templo de Jerusalén), paga el impuesto religioso.

El discurso retórico de Jesús dirigido a Pedro da a entender que se trata más de un gesto de condescendencia que de una obligación que tenga que satisfacer. Pero aparece también un signo, una acción profética de Jesús que manifiesta de modo claro su poder, el hecho de que es el Hijo del Dios del templo. Pedro, en efecto, echa el anzuelo y coge un pez que lleva una moneda de plata en la boca. Con ella paga su impuesto y el de Jesús. Éste manda también sobre la naturaleza y demuestra que vive en el templo del cosmos para alabanza de su Padre. Y, en un acto de solidaridad, salda de manera abundante la deuda religiosa en su propio nombre y en el de sus discípulos, que son su nueva familia.

MEDITATIO

Amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma significa entrar en plena comunión con sus sentimientos y sus afectos: *amar lo que él ama*, y hacerlo con la pureza y gratuidad que es propia de su santidad. De este modo, tal como hemos observado en el fragmento del Antiguo Testamento, Israel comprende, siguiendo una

lógica divina, la unidad de las dos tablas de la ley –el amor a Dios y el amor al prójimo– con una atención particular dirigida a los más menesterosos.

Nosotros, en nuestra experiencia cotidiana, sentimos a menudo la tentación de disociar estos dos preceptos: o bien con una referencia a Dios que no tiene en cuenta a los hermanos, o bien consagrando nuestra atención a los otros sin que haya de por medio una fuerte motivación teológica, un vínculo indisoluble entre Dios y todo lo que es de Dios, sin convenir en que nosotros debemos amar lo que Dios mismo ama. Dios, sin embargo, nos educa para la fraternidad, para la comprensión, para la atención al otro.

Jesús se identifica con Pedro porque considera a sus discípulos como su grupo, como su comunidad, como su familia. Nos enseña a vivir esa fraternidad del corazón y esos vínculos de fraternidad que van más allá que los de la sangre; unos vínculos que nos han llevado, de una manera espontánea, a hablar de amor fraterno, de amor «de fraternidad» entre los cristianos. El corazón circunciso es también un corazón en carne viva, capaz de amar y de servir. Como el corazón de Cristo.

Se ha dicho que entre los ideales de la modernidad, expresados en la tríada revolucionaria –pero, en el fondo, evangélica– de libertad, igualdad y fraternidad, el más difícil de instaurar es el de la fraternidad. Tal vez sea porque exige toda la fuerza del Evangelio, toda la entrega de la verdadera caridad cristiana.

ORATIO

Quisiera, Señor, que tú ocuparas siempre el primer puesto en mi vida. Que fueras el primero en recibir el pensamiento de la alabanza por la mañana y el último en ser recordado con amor al final de la jornada.

Quisiera sentir casi de una manera inconsciente, del mismo modo que respiro sin pensar en ello y late mi corazón sin que yo lo procure, que estoy siempre en comunión contigo, en una indisoluble amistad y en una constante presencia.

Quisiera pensarte y encontrarte presente en cada persona que me roza, en la gente con que me encuentro, en las personas con las que trabajo. Y especialmente en aquellos que cargan con el peso del sufrimiento y de la decepción, con un corazón de carne que compadece y alivia, que hace compañía y consuela.

También quisiera hacer de mi vida una memoria perenne de tu presencia, y de mi oración y mi caridad una alabanza sin fin dirigida a ti, la confesión de que te amo, Señor, con todo mi corazón y todas mis fuerzas. Pero sin olvidar a los hermanos, que constituyen asimismo tu presencia, que son el camino y la vía que nos llevan a la comunión contigo.

CONTEMPLATIO

Cuando alguien está unido al prójimo, está igualmente unido a Dios. Quiero presentaros una imagen de los Padres para que comprendáis mejor el sentido de lo que estoy diciendo.

Suponed que hay un círculo en el suelo [...]. Pensad que este círculo es el mundo, el centro del círculo es Dios, y las líneas que van desde el círculo al centro son los caminos, o sea, los modos de vivir de los hombres. Así pues, en cuanto los santos avanzan hacia el interior, deseando acercarse a Dios, a medida que van avanzando se acercan a Dios y se acercan entre sí los unos a los otros, y cuanto más se acercan a Dios más se acercan los unos a los otros, y cuanto más se acercan los unos a los otros más se acercan a Dios. Imaginad también, de manera semejante, la separación. En efecto, cuando se

alejan de Dios y se dirigen hacia el exterior, está claro que cuanto más se alejan los unos de los otros tanto más se alejan también de Dios.

Mirad, ésta es la naturaleza del amor. Cuanto más fuera estemos y no amemos a Dios, igualmente estaremos distantes del prójimo; en cambio, si amamos a Dios, cuanto más nos acerquemos a Dios por medio del amor a él, igualmente nos uniremos al amor al prójimo, y en la medida en que estemos unidos al prójimo tanto más unidos estaremos a Dios (Doroteo de Gaza, *Insegnamenti spirituali*, Roma 1979, pp. 124ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Recordad: a mí me lo habéis hecho» (cf. Mt 25).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Para los cristianos de los primeros siglos, el sacramento del altar y el del hermano constituían las dos caras del mismo misterio. Cristo ha reconstituido la unidad humana, rota por el orgullo del hombre, por su voluntad de apropiarse de la creación y, por consiguiente, de la muerte –del estado de muerte– que deriva de esta separación. Cristo no está separado de nada ni de nadie. Con la eucaristía entramos en esta inmensa unidad, somos miembros los unos de los otros, responsables los unos de los otros, y cada uno de nosotros lleva en sí toda la humanidad.

El «sacramento del pobre» no sustituye al del altar [...], sino que se arraiga en él, deriva de él, lo expresa. El pan eucarístico no instaura sólo un vínculo entre el Resucitado y cada uno de nosotros, no fundamenta sólo la unidad visible de la Iglesia; nos introduce en la unidad –en el ser de toda la humanidad–. Compartido, hace de nosotros los hombres del compartir [...]. En la Iglesia primitiva no había una moral social, sino más bien una

concepción sacramental de la solidaridad humana. Partían de la idea del Cuerpo de Cristo en el que la vida trinitaria, vida en comunión, debe difundirse para irrigar de una manera misteriosa el género humano (O. Clément, *La rivolta dello Spirito*, Milán 1980, pp. 135ss).

Martes

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Deuteronomio 31,1-8

En aquellos días, ¹ Moisés dirigió estas palabras a todo Israel:

–Ya tengo ciento veinte años y no puedo moverme. Además, el Señor me ha dicho: «No pasarás el Jordán». ³ El Señor, tu Dios, irá delante de ti; él aniquilará ante ti a estas naciones, para que puedas expulsarlas. A la cabeza, como te ha dicho el Señor, irá Josué. ⁴ El Señor los destruirá, como hizo con Sijón y con Og, reyes de los amorreos, y con su país; ⁵ os entregará estas naciones y las trataréis como yo os he mandado. ⁶ Tened ánimo y valor, no las temáis ni os asustéis ante ellas, porque el Señor, tu Dios, va contigo; no te dejará ni te abandonará.

⁷ Después, Moisés llamó a Josué y le dijo en presencia de todo Israel:

–Ten ánimo y valor, porque tú vas a introducir a este pueblo en la tierra que el Señor juró dar a sus antepasados; tú harás el reparto de su heredad. ⁸ El Señor irá delante de ti y estará contigo, no te dejará ni te abandonará; no temas ni te acobardes.

➡ Estamos en las escenas finales de la vida de Moisés, tal como nos las cuenta el libro de Deuteronomio.

Manteniéndose siempre en un clima teologal que remite a Dios, Moisés, tejedor de la trama de la historia del pueblo, habla de su vejez y de su muerte inminente. La tierra prometida está cerca, al otro lado del Jordán, pero sabe que no pasará el límite, según la Palabra del Señor: «*No pasarás el Jordán*» (v. 2). Sin embargo, Dios estará siempre con el pueblo, le abrirá caminos y le procurará la victoria. Aun en ausencia de su caudillo, al pueblo le acompañará constantemente una certeza: Dios estará presente. YHWH es aquel que está cerca, precede y acompaña al pueblo, precisamente como ha hecho hasta ese momento.

Es la hora de las consignas. Josué, elegido también por Dios para conducir al pueblo a la tierra prometida, será el heredero de Moisés. Pasan los mediadores humanos, pero Dios permanece. Esta certeza, que Moisés ha experimentado a lo largo de toda su vida, pretende dar seguridad a Josué. Las promesas hechas al pueblo también valen para él. Dios sigue siendo el protagonista de una historia que lleva adelante entre las contradicciones de los hombres y su probada fidelidad. Moisés garantiza a Josué esta presencia tras haberle impuesto las manos, signo de la transmisión de poderes, junto con el don del espíritu de sabiduría (Dt 34,9).

Dios es siempre aquel que camina delante. Siempre estará presente, junto al pueblo y a su cabeza. Será fiel. Es una garantía que abre un futuro de esperanza.

Evangelio: Mateo 18,1-5.10.12-14

¹ En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

—¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?

² Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos ³ y dijo:

—Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños

no entraréis en el Reino de los Cielos. ⁴ El que se haga pequeño, como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. ⁵ El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge. ¹⁰ Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial.

¹² ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no dejará en el monte las noventa y nueve e irá a buscar la descarriada? ¹³ Y si llega a encontrarla, os aseguro que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴ Del mismo modo, vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños.

➡ En el fragmento evangélico de hoy se enlazan dos temas con dos géneros literarios de catequesis. En el primero encontramos una acción demostrativa de Jesús, que responde de manera clara e inesperada a una pregunta, un poco fuera de lugar, de los discípulos. Éstos no han comprendido todavía las exigencias del Reino. Quieren saber quién será el más grande en ese Reino de los Cielos que el Maestro está anunciando como próximo e incluso como ya presente.

La respuesta visual es la acción profética de Jesús, que acompaña su Palabra con un gesto elocuente: pone en el centro a un niño –un ser pequeño, menesteroso, sin malicia–, y lo pone como modelo efectivo de acogida al Reino de los Cielos; la acogida en él se produce por don y no por mérito, lo cual significa volver a una pobreza ontológica, original, para dejarse formar también por la novedad inédita del Reino que Jesús proclama. Volver a ser niño es convertirse a Dios. La figura del niño se une aquí a la doctrina paulina del nuevo nacimiento, al mensaje joánico de los hijos nacidos de Dios. Existe armonía entre la teología joánica, la de los sinópticos y la de Pablo.

Ahora bien, la visión del niño suscita en Jesús una doble enseñanza que tiene que ver con el niño mismo

como figura simbólica de todo ser menesteroso, pobre, frágil, al que debemos brindar nuestra acogida. Hasta tal punto que quien acoge a uno de estos pequeños acoge al mismo Jesús, que se ha identificado con los últimos. Viene, a continuación, la advertencia de que no debemos despreciar a los que se hacen como niños. Dios se ocupa de su defensa, y los ángeles que los custodian cuidan de ellos. En este contexto, aunque como una enseñanza añadida, presenta Mateo la parábola del buen pastor que va en busca de la oveja perdida, parábola que está descrita mejor en el evangelio de Lucas. La bienaventuranza del Reino pertenece también a los últimos, a quienes Dios busca con todo el corazón, como un pastor que no quiere que se pierda ninguno. Jesús, buen pastor, constituye una esperanza para todos.

MEDITATIO

Podríamos contar toda la historia de la salvación a la luz de la categoría de presencia, tal como hemos podido constatar a lo largo de las páginas del Éxodo y del Deuteronomio. De la presencia de Dios en la creación se pasa a una presencia todavía más próxima en la tienda y en el arca. Dios, cuyo nombre –YHWH– significa también el «Dios presente», «Aquel que precede, sigue y acompaña», es siempre el Dios cercano, hasta el punto de hacer exclamar a Moisés: *«Y en efecto, ¿qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?»* (Dt 4,7).

La certeza que posee el pueblo de Israel en atravesar el umbral de la tierra prometida se basa también en la promesa de esta presencia. Una presencia que, a su tiempo, tendrá una sede en el templo, en el Santo de los Santos, y que no cesará ni siquiera con la destrucción del templo. El Señor «emigrará», en efecto, con su pueblo al exilio. En la cima de la presencia de Dios en el

Nuevo Testamento tenemos al Verbo encarnado. Él es la tienda y el templo, él es la presencia todavía más cercana, en nuestra carne, en nuestra compañía.

Sin embargo, tal como nos enseña el Evangelio, Jesús mismo ha querido trasladar, por así decir, su presencia también al hombre, a todo hombre, a los pequeños del Reino, que deben ser tratados y acogidos como el mismo Cristo. Quien acoge a un pequeño del Reino –a un niño, a un pobre, a un menesteroso– acoge a Jesús, presente en él, porque lo que le hagamos al más pequeño a Jesús mismo se lo hacemos (*cf.* Mt 25,40).

ORATIO

Tú eres un Dios presente, Señor. Te complaces en vivir no sólo en tu cielo altísimo, sino también en medio de nosotros. ¿Cómo habrías de ser un Dios de la historia si no marcharas con nosotros por los caminos de la vida? Esta presencia tuya es signo de ilimitada bondad y de amistad divina. Un amigo es una persona que está presente, un rostro cercano, un corazón cuyo latido próximo sentimos y con cuya conversación e intimidad gozamos.

Sin embargo, tu presencia está escondida y velada. Necesitamos el suplemento de la luz de la fe para captar tu presencia, que se esconde y se revela a mismo tiempo: en la naturaleza, en la historia, en la Palabra, en la eucaristía. Existe también una presencia a través de la cual quieres ser acogido, amado, reverenciado, servido. Es tu presencia en los pequeños, en los que sufren, en los necesitados. Debes atraer en cierto modo nuestro amor hacia los hermanos, de manera que, aunque siga siendo verdadero en su orientación a ti, se dirija a todos aquellos a quienes tú amas, con quienes te has identificado y en los que quieres ser servido.

Concédenos una fe limpia para vislumbrar tus rasgos en el rostro de los hermanos pequeños y pobres, y un

amor grande para servirte en aquellos que se han convertido en tu presencia mística: así nos atraerás para que amemos y sirvamos como tu amaste y serviste en nosotros a aquellos que te dio el Padre.

CONTEMPLATIO

¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No permitas que sea objeto de desprecio en sus miembros, es decir, en los pobres, que carecen de paños para cubrirse. No lo honres aquí, en la iglesia, con telas de seda mientras que fuera lo olvidas cuando sufre por el frío y la desnudez. El que ha dicho: «*Éste es mi cuerpo*», confirmando el hecho con la palabra, ha dicho también: «*Me vistéis hambriento y no me disteis de comer*» (cf. Mt 25,35) y «*Os aseguro que, cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo*» (Mt 25,45) [...].

Aprendamos, pues, a pensar en honrar a Cristo como él quiere. En efecto, el honor más agradable que podemos rendir a aquel a quien queremos venerar es el que él mismo quiere, no el que nos inventemos nosotros [...]. Haz que los hombres se beneficien de tus riquezas. Dios no tiene necesidad de vasos de oro, sino de almas de oro [...]. Por consiguiente, mientras adornas el lugar del culto, no cierres tu corazón al hermano que sufre. Éste es un templo vivo más precioso que aquél (Juan Crisóstomo, *Homilía sobre el evangelio de Mateo*, 50, 3ss: en PG 58, cols. 508ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Acoge el Reino de Dios en ti como un niño, acoge a cada niño como al mismo Cristo*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

De hecho, no es raro que, en el mundo actual, nos sintamos perdedores. Pero la aventura de la esperanza nos lleva más allá. Un día encontré escritas en un calendario estas palabras: «El mundo es de quien lo ama y mejor sabe demostrarlo». ¡Qué verdaderas son estas palabras! En el corazón de las personas hay una sed infinita de amor, y nosotros, con el amor que Dios ha infundido en nuestros corazones (cf. Rom 5,5), podemos saciarla.

Pero es preciso que nuestro amor sea «arte», un arte que supera la capacidad de amar simplemente humana. Mucho, por no decir todo, depende de esto.

Yo he visto este arte, por ejemplo, en la madre Teresa de Calcuta. Quien la veía, la amaba. También en Juan XXIII, que será proclamado beato próximamente. Aunque han pasado muchos años desde su muerte, su memoria está muy viva en la gente.

Al entrar en un convento, en un centro diocesano o en nuestras oficinas, no siempre se encuentra este arte que hace al cristianismo hermoso y atrayente. Se encuentran, por el contrario, caras tristes y aburridas debido a la rutina de todos los días. ¿No dependerá también de esto la falta de vocaciones? ¿Y la escasa incidencia de nuestro testimonio? ¡Sin un amor fuerte no podemos ser testigos de esperanza!

Aunque seamos expertos en materia de religión, corremos el riesgo de tener una teoría del amor y no poseer suficientemente su arte. Como un médico que tiene ciencia pero no el arte de la relación amable y cordial. La gente le consulta porque lo necesita, pero, cuando se cura, ya no vuelve más.

Jesús era como nadie maestro en el arte de amar. Igual que un emigrante que se ha marchado al extranjero, aunque se adapte a la nueva situación, lleva siempre consigo, al menos en su corazón, las leyes y las costumbres de su pueblo, así él al venir a la tierra se trajo, como peregrino de la Trinidad, el modo de vivir de su patria celestial, «expresando humanamente los comportamientos divinos de la Trinidad» (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 470) (F. X. Nguyen Van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva ⁵2001, pp. 82-83).

Miércoles

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Deuteronomio 34,1-12

En aquellos días, ¹ Moisés subió desde los llanos de Moab al monte Nebo, a la cima del Pisga, enfrente de Jericó, y el Señor le mostró toda la tierra: desde Galaad hasta Dan. ² Todo Neftalí, la tierra de Efraín y Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar Mediterráneo, ³ el Négueb, el distrito del valle de Jericó, la Ciudad de las Palmeras, hasta Segor, ⁴ y le dijo:

—Ésta es la tierra que prometí a Abrahán, Isaac y Jacob, diciendo: Se la daré a tu descendencia. Te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella.

⁵ Moisés, siervo del Señor, murió allí, en la tierra de Moab, como había dispuesto el Señor. ⁶ Lo enterraron en el valle, en tierra de Moab, enfrente de Bet Peor. Nadie hasta hoy conoce su sepultura. ⁷ Moisés tenía ciento veinte años cuando murió. No se habían apagado sus ojos, ni se había debilitado su vigor. ⁸ Los israelitas lloraron a Moisés durante treinta días en los llanos de Moab, cumpliendo así los días de luto por su muerte.

⁹ Josué, hijo de Nun, estaba lleno de espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos. Los israelitas le obedecieron, como el Señor había mandado a Moisés.

¹⁰ No ha vuelto a surgir en Israel un profeta semejante a Moisés, con quien el Señor trataba cara a cara. ¹¹ Nadie ha vuelto a hacer los milagros y maravillas que el Señor le man-

dó hacer en el país de Egipto contra el faraón, sus siervos y su territorio.¹² No ha habido nadie tan poderoso como Moisés, pues nadie ha realizado las tremendas hazañas que él realizó a la vista de todo Israel.

➡ Las alturas del monte Nebo, desde donde se divisa el bellissimo y extenso panorama de la tierra prometida, se nos han vuelto familiares desde que, el 20 de marzo de 2000, Juan Pablo II, en su peregrinación jubilar a Tierra Santa, se asomó desde las alturas del templo dedicado a Moisés para conmemorar lo que hoy nos propone la Escritura. Por parte del Señor, que habla una vez más a Moisés, la tierra es como el sello de la fidelidad a él, al pueblo, pero también a los patriarcas que han recibido las promesas: Abrahán, Isaac, Jacob... También en este momento se muestra Dios fiel a sí mismo y a sus propias palabras y promesas: *«Te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella»* (v. 4b).

A continuación, tiene lugar la muerte y la sepultura de Moisés. Éste es el *«siervo del Señor»*, en la doble acepción que tiene este término en la Escritura: el honor de la elección para servir al Señor y ejecutar sus designios; la entrega total y efectiva a su plan de salvación. El libro sagrado sella la narración de la muerte del gran caudillo con el elogio típico dedicado a los hombres que han dejado huella en la historia, pero con los rasgos característicos e irrepetibles de Moisés, aquel *«con quien el Señor trataba cara a cara»* (v. 10), signo máximo de familiaridad.

Moisés fue el hombre de los grandes signos y milagros, en especial el hombre del éxodo, de la pascua de la libertad y de la liberación. Su tumba queda como un memorial, y su persona se acerca ahora a la estirpe de los antiguos patriarcas. El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob es también el Dios de Moisés. Y Josué asume ahora la responsabilidad de conducir al pueblo hasta la tierra prometida.

Evangelio: Mateo 18,15-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁵ Por eso, si tu hermano te ofende, ve y repréndelo a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. ¹⁶ Si no te escucha, toma contigo uno o dos, para que *cualquier asunto se resuelva en presencia de dos o tres testigos*. ¹⁷ Si no les hace caso, díselo a la comunidad; y si tampoco hace caso a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano.

¹⁸ Os aseguro que lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. ¹⁹ También os aseguro que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial. ²⁰ Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

➡ El capítulo 18 de Mateo lleva, en algunas ediciones de la Biblia, el significativo título de «discurso eclesiástico». Este capítulo introduce, en efecto, temas típicamente eclesiales, en el sentido primitivo de cuestiones referentes a la comunidad de Jesús, a la nueva comunidad que él ha fundado. Tras las instrucciones encaminadas a acoger el Reino como los niños y a la conversión —ésta es la condición para entrar en la familia de Jesús y vivir según sus enseñanzas— y el discurso sobre la salvación de todos, encontramos algunas enseñanzas esenciales y progresivas.

La primera tiene que ver con la *corrección fraterna* en la comunidad de Jesús, un momento importante en una comunidad de pecadores para llegar a la conversión. Se trata de una actitud que manifiesta el cuidado que los hermanos y las hermanas de la familia de Jesús deben tener los unos de los otros en un clima de amor verdadero, exento de hipocresía y que llega incluso a la corrección fraterna. Aparecen tres momentos progresivos de gran finura psicológica: la corrección en privado, la corrección en compañía de un testigo, a fin de reforzar la autoridad de la corrección con la presencia de un

hermano, y, por último, el recurso a la asamblea. El límite final es la expulsión de la persona indigna de la comunión como un remedio medicinal extremo, casi para provocar –en la soledad y en la lejanía– la nostalgia del retorno a la comunión fraterna.

La segunda enseñanza refuerza la conciencia de una comunidad en la que *la autoridad del amor* de Cristo se *transmite a los responsables*. Con las palabras clásicas, de indudable sabor semítico, «atar» y «desatar» indica Jesús el poder que transmite a los suyos. Por último, Jesús habla de la oración en común, una oración que será escuchada por el Padre si se hace en su nombre, en unión con Él y en Él. A esta oración unánime y unida le garantiza Jesús su presencia y la eficacia de su intercesión celestial.

MEDITATIO

El sugestivo final del fragmento de Mateo constituye una fuente de meditación. Jesús promete su presencia espiritual en medio de aquellos que se hayan reunido en su nombre: «*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (v. 20). Estas palabras hacían exclamar a Orígenes que donde dos o más estén reunidos en nombre de Cristo, aunque sean laicos, allí está la Iglesia. Muchos cristianos, en tiempos de persecuciones, tanto ayer como hoy, han experimentado esta sencilla y esencial constitución de la Iglesia en virtud de la presencia de Cristo. Juan Crisóstomo, por su parte, exaltaba estas palabras de Jesús a fin de hacer reconocer su presencia en medio de la asamblea litúrgica, y para expresar que con esa presencia toda celebración es una fiesta.

Estar unidos en nombre de Jesús significa estar unidos en fidelidad a su enseñanza, en comunión con su persona, siendo fieles a su ejemplo, especialmente en el

amor recíproco. De este modo se crea una atmósfera espiritual completamente repleta de la presencia de Cristo, que une por la certeza de constituir un lugar habitado, o un espacio teologal donde vive el Resucitado. Esta presencia asegura la unidad entre el cielo y la tierra, la eficacia de la oración, la alegría del Padre celestial.

Eso significa que la primera condición que hemos de buscar necesariamente, en la vida cotidiana, en toda relación con aquellos que comparten nuestra misma fe, es la misma unidad en el nombre de Cristo. Pero significa también que la condición de todo testimonio y toda misión es garantizar por nuestra parte a los otros la comunión con el Señor, a fin de que él se haga presente y sea escuchada y vivida la Palabra del Evangelio.

ORATIO

Señor, tú has convertido a la Iglesia en el lugar de tu presencia. Qué grato es habitar en tu casa, aunque seamos indignos; recibir de los hermanos la ayuda necesaria para caminar en tu presencia, incluso la gracia de la corrección fraterna cuando nos encontramos en el error. Con tu Iglesia estamos seguros de contar con tu presencia y tu gracia, incluso por medio de aquellos que te representan, a los cuales les has dado el poder atar y desatar en tu nombre, con un amor que procede de ti.

Pero, sobre todo, vemos en la Iglesia una anticipación de la vida celestial, una tierra de promisión que como a Moisés –más aún, más que a Moisés desde el monte Nebo– tú mismo nos haces ver y gozar, en una Iglesia que ya es también un poco del cielo en la tierra, en virtud de tu presencia que une el cielo, donde estás con el Padre, y la tierra, donde estás con nosotros. Concédenos la gracia de asegurar siempre entre nosotros el amor recíproco que nos convierte en ámbito donde moras.

CONTEMPLATIO

Si nos mantenemos unidos, Jesús está entre nosotros. Y esto es valioso. Vale más que cualquier otro tesoro que pueda poseer nuestro corazón: más que la madre, que el padre, que los hermanos, que los hijos. Vale más que la casa, que el trabajo, que la propiedad; más que las obras de arte de una ciudad como Roma; más que nuestros negocios; más que la naturaleza que nos rodea con flores y prados, el mar y las estrellas; más que nuestra alma.

Es él quien, inspirando a sus santos con sus eternas verdades, hizo época en cada época. También ésta es su hora: no tanto de un santo, sino de él; de él entre nosotros, de él vivo en nosotros, edificando –en unidad de amor– su Cuerpo místico. Pero es preciso dilatar a Cristo, hacerle crecer en otros miembros; hacernos portadores de fuego como él. Hacer uno de todos y en todos el Uno. Y entonces viviremos la vida que él nos da momento a momento en la caridad.

El del amor fraterno es un mandamiento de base. Por él vale todo lo que es expresión de sincera caridad fraterna. Nada de lo que hacemos vale si no está presente en ello el sentimiento del amor a los hermanos: Dios es Padre y en el corazón tiene siempre y únicamente hijos (C. Lubich, *L'attrattiva del mondo moderno. Scritti spirituali*, Roma 1978, I, 50 [edición española: *El atractivo de nuestro tiempo*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1995]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«¡Qué admirables son tus obras!» (Sal 65,3a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Mateo refiere esta promesa de Jesús: «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Aquí no hemos de pensar sólo en la asamblea litúrgica, sino en toda situación en la que dos o más cristianos están unidos en el Espíritu, en la caridad de Jesús. Y tampoco hemos de pensar sólo en la simple omnipresencia del Cristo resucitado en todo el cosmos.

Escribe un exégeta de nuestros días: «Mateo piensa en una presencia "personalizada". Jesús está presente como crucificado resucitado, es decir, en la apertura de donación total vivida en la cruz, donde él, con toda su humanidad, se abre a la acción divinizante del Padre y se entrega totalmente a nosotros, comunicándonos su espíritu, el Espíritu Santo. La presencia del Resucitado no es, pues, una presencia estática, un estar-aquí y nada más, sino una presencia relacional, una presencia que reúne y unifica y que, en consecuencia, espera nuestra respuesta, la fe. Brevemente, la proximidad de Cristo reúne a "los hijos de Dios dispersos" para hacer de ellos la Iglesia».

Desde la alianza sellada en el Sinaí con Israel, Yahvé se revela como el que interviene eficazmente en la historia. Él liberó a los hebreos de la esclavitud de Egipto, hizo de ellos su pueblo. «Yo estoy en medio de vosotros», es la palabra que identifica la primera alianza: una presencia que protege, guía, consuela y castiga...

Con la llegada del Nuevo Testamento, esta presencia adquiere una densidad especial y nueva. La promesa de la presencia definitiva de Dios, o sea, la promesa de la Alianza definitiva, halla su cumplimiento en la resurrección de Jesús.

En la comunidad cristiana, el Enmanuel, el Dios-con-nosotros, es «el salvador de su Cuerpo», la Iglesia (cf. Ef 5,23). Presente en medio de los suyos, él convoca y reúne no sólo a Israel, sino a toda la humanidad (cf. Mt 28,19-20). Vivir con Jesús «en medio», según la promesa de Mt 18,20, significa actualizar desde ahora el designio de Dios sobre toda la historia de la humanidad.

Pero ¿cómo hacer visible la presencia permanente del Resucitado?

Cuando, tras la caída del Muro de Berlín, se reunió la primera asamblea especial del Sínodo de Obispos para Europa y se preguntó sobre la nueva evangelización del continente, un religioso húngaro subrayó que la única Biblia que leen los llamados «alejados» es la vida de los cristianos. Y podríamos añadir: somos nosotros, es nuestra vida, la única eucaristía de la que se alimenta el mundo no cristiano.

Por la gracia del bautismo, y especialmente por la eucaristía, estamos injertados en Cristo, pero es en la fraternidad vivida donde la presencia de Jesús en la Iglesia se manifiesta y resulta operante en la existencia cotidiana.

En el silencio, dos o tres creyentes pueden testimoniar en el amor recíproco lo que constituye su identidad profunda: ser Iglesia en la atención a los débiles, en la corrección fraterna, en la oración en unidad, en el perdón sin límites (F. X. Nguyen Van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva ⁵2001, pp. 155-157).

Jueves

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Josué 3,7-10a.11.13-17

En aquellos días, ⁷ el Señor dijo a Josué:

–Hoy voy a comenzar a engrandecerte a la vista de todo Israel, para que sepan que estaré contigo como estuve con Moisés. ⁸ Darás esta orden a los sacerdotes que llevan el arca de la alianza: Cuando lleguéis a la orilla del Jordán, os detendréis.

⁹ Y Josué dijo a los israelitas:

–Acercaos y escuchad las palabras del Señor, vuestro Dios.

¹⁰ Y añadió:

–Ésta es la señal de que el Dios vivo está en medio de vosotros y de que expulsará ante vosotros a los cananeos: ¹¹ el arca de la alianza del dueño de toda la tierra va a atravesar delante de vosotros el Jordán. ¹³ En cuanto los sacerdotes que llevan el arca del Señor, dueño de toda la tierra, pisen las aguas del Jordán, éstas quedarán cortadas, y las que bajan de arriba se detendrán formando un muro.

¹⁴ Cuando el pueblo levantó el campamento para pasar el Jordán, los sacerdotes llevaban el arca de la alianza delante del pueblo. ¹⁵ Y en cuanto éstos llegaron al Jordán y metieron sus pies en el agua (el Jordán se desborda por sus orillas en el tiempo de la siega), ¹⁶ las aguas que venían de arriba se detuvieron formando un embalse que llegaba muy arriba, hasta

Adán, la ciudad que está cerca de Sartán, y las que bajaban al mar de Arabá, el mar Muerto, quedaron separadas de las otras mientras el pueblo pasaba a la altura de Jericó.

¹⁷ Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor estuvieron en medio del Jordán como en tierra seca, mientras todo Israel atravesaba por el cauce seco, hasta que pasó todo el pueblo.

➡ La entrada del pueblo de Israel en la tierra prometida está descrita en el libro de Josué como una solemne procesión litúrgica. En el centro se encuentra el arca de la alianza: es el lugar de la presencia de YHWH en medio de su pueblo, el memorial de la alianza, puesto que el arca contiene las tablas de la ley. La repetición del nombre del arca por seis veces en este fragmento –llamada también en el texto «*arca de la alianza del dueño de toda la tierra*» (v. 11)– marca casi rítmicamente el paso de la presencia de Dios a la cabeza de su pueblo. Es siempre el Dios fiel quien precede y acompaña al pueblo. Habla a Josué, como antes hablaba a Moisés, y el nuevo caudillo interpreta y transmite la voz de Dios.

Ante la tierra prometida se repite lo mismo que sucedió en el paso del mar Rojo. Las aguas se detienen y el pueblo al que acompaña el arca de la alianza cruza el río a través de un sendero seco. Así, de una manera simétrica, el paso de la esclavitud de Egipto a la libertad, aunque fuera en el desierto, y la entrada en la tierra prometida están marcados por la intervención maravillosa de YHWH.

El salmo 113, salmo responsorial de la liturgia de la Palabra de hoy, asocia el recuerdo del mar Rojo y del río Jordán, implicados en un prodigio semejante: «*El mar, al verlos, huyó, el Jordán se echó atrás... ¿Qué te pasa, mar, que huyes; a ti, Jordán, que te echas atrás?*» (vv. 3.5). Es el Dios soberano que pasa y, con su pueblo, atraviesa ahora el umbral de la tierra prometida.

Evangelio: Mateo 18,21-19,1

En aquel tiempo, ^{18,21} se acercó Pedro y le preguntó:

–Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?

²² Jesús le respondió:

–No te digo siete veces, sino setenta veces siete. ²³ Porque con el Reino de los Cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. ²⁴ Al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ Como no podía pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para pagar la deuda. ²⁶ El siervo se echó a sus pies suplicando: «¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!». ²⁷ El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda. ²⁸ Nada más salir, aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello diciendo: «¡Paga lo que debes!». ²⁹ El compañero se echó a sus pies, suplicándole: «¡Ten paciencia conmigo y te pagaré!». ³⁰ Pero él no accedió, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. ³¹ Al verlo, sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido. ³² Entonces el señor lo llamó y le dijo: «Siervo malvado, yo te perdono aquella deuda entera, porque me lo suplicaste. ³³ ¿No debías haber tenido compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?». ³⁴ Entonces su señor, muy enfadado, lo entregó para que lo castigaran hasta que pagase toda la deuda. ³⁵ Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no os perdonáis de corazón unos a otros.

^{19,1} Cuando Jesús terminó este discurso, se marchó de Galilea y se dirigió a la región de Judea, a la otra orilla del Jordán.

➡ El presente texto evangélico nos transmite una enseñanza esencial. Toda la sustancia del discurso se encuentra precisamente en la pregunta que hace Pedro a Jesús a propósito de las veces que debemos perdonar al hermano que nos ofende. Se trata de un hermano, y por eso tiene que ser perdonado siempre, hasta la paradoja. No sólo «*siete veces*», un número que indica plenitud, sino incluso un número inverosímil de «*setenta veces*

siete», que es como un número infinito, que significa «siempre», sin poner límites a la misericordia.

Ahora bien, en realidad la clave de comprensión de la enseñanza de Jesús se encuentra no sólo en el número ilimitado de las veces que se debe conceder el perdón al hermano que nos ofende, sino en la *calidad* misma del perdón que hemos de conceder. Se trata de un perdón que no se reduce a una fórmula o a una mal disimulada obligación de perdonar porque no se puede hacer otra cosa. La calidad del perdón incide en su mismo *sentido*. Debe tener la calidad del perdón de Dios, y debe llegar al corazón, lugar de la verdad, de los sentimientos y de las venganzas, del amor verdadero y del perdón sincero. Un corazón que perdona es un corazón misericordioso. Perdonar «*de corazón*» (v. 35) significa sellar con el amor verdadero el perdón que se concede. Dado que alguien nos ha perdonado así, sin límite en el número de veces, no podemos nosotros poner límites al amor misericordioso del perdón.

MEDITATIO

La magna procesión con el arca de la alianza que precede a la entrada del pueblo en la tierra prometida nos habla de la presencia de Dios en medio del pueblo y, también, del pacto de amor de Dios con el mismo. Es un pacto gratuito, en el que Dios tiene la iniciativa de la caridad superabundante, pero también un pacto que exige por parte del pueblo la fidelidad a la alianza a través del cumplimiento del doble mandato del amor a Dios y del amor al prójimo, con los preceptos de las tablas de la ley, que son como la presencia de la fidelidad de Dios, encerrada en el arca. Delante de esta presencia de Dios se renuevan los prodigios del éxodo.

Nosotros sabemos que la crisis en el cumplimiento de la alianza por parte del pueblo, a lo largo de la historia

de Israel, acaeció sobre todo por una negligencia en la observancia tanto del amor a Dios como del amor al prójimo. Aun cuando el pueblo permaneció fiel en cierto modo a unos ritos que honraban a Dios, los profetas le reprochaban la falta de atención al prójimo, al huérfano, a la viuda, a los pequeños. Dios no pide sacrificios, sino misericordia.

La enseñanza de Jesús se sitúa en el mismo plano de continuidad de la predicación profética, aunque con una propuesta inaudita, la del perdón ofrecido al hermano *sin condiciones de tiempo y de número*: perdonar siempre, perdonar a todos, perdonar sin pedir cuentas, perdonar de corazón. En el fondo de la enseñanza de la parábola está la lógica divina de la imitación del Padre celestial, que nos ofrece a nosotros, si no tenemos el corazón endurecido, un perdón sin límites. Perdonar es la última palabra del amor. Es amor gratuito, el único que, junto con la misericordia, puede ir más allá de la justicia.

ORATIO

Señor, cada día te pedimos, con las palabras que tu Hijo nos enseñó, que nos perdones nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Esta petición, a la que san Agustín llamaba «nuestra medicina cotidiana» –porque necesitamos ser perdonados y abrir el corazón al perdón–, es como un bálsamo para nuestras heridas,

Estamos heridos cuando pecamos y sentimos la necesidad de una efusión de caridad, del Espíritu Santo que nos vuelve a sanar, porque él es la remisión de nuestros pecados. Pero tenemos endurecido el corazón y, por consiguiente, una herida escondida, una esclerosis oculta, cuando nos negamos a perdonar a alguien, a acogerle en nuestro amor.

Concedenos, Señor, recitar siempre las palabras de tu Hijo con toda sinceridad, contar siempre en el corazón con un suplemento de caridad para ir más allá de la lógica de la venganza, de la condena, de la autojustificación. No sabemos perdonar ni podemos perdonar sin ese suplemento de caridad divina que es la gracia del Espíritu Santo. Tú, que manifiestas tu omnipotencia con la misericordia y el perdón, amplía nuestra capacidad de amar y de perdonar, extendiendo también de corazón el perdón a aquellos que nos han hecho daño.

CONTEMPLATIO

Así, adquieren vida las palabras del Señor sobre el perdón, este Amor que ama hasta el extremo del amor (cf. Jn 13,1). La parábola del siervo sin entrañas, que culmina la enseñanza del Señor sobre la comunión eclesial (cf. Mt 18,23-35), acaba con esta frase: «Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis cada uno de corazón a vuestro hermano». Es, en efecto, en el fondo «del corazón» donde todo se ata y se desata. No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla, pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión [...].

No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (cf. Mt 18,21-22; Lc 17,3-4). Si se trata de ofensas (de «pecados» según Lc 11,4, o de «deudas» según Mt 6,12), de hecho nosotros somos siempre deudores: «Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor» (Rom 13,8). La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (cf. 1 Jn 3,19-24). Se vive en la oración y sobre todo en la eucaristía (cf. Mt 5,23-24): Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión y los despiden del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos:

Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel (san Cipriano, *Dom. orat.* 23: PL 4, 535C-536A) (*Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 2843.2845).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*» (Mt 6,12).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cristo subraya con tanta insistencia la necesidad de perdonar a los demás que a Pedro, que le había preguntado cuántas veces debería perdonar al prójimo, le indicó la cifra simbólica de "setenta veces siete", queriendo decir con ello que debería saber perdonar a todos y siempre. Es obvio que una exigencia tan grande de perdonar no anula las objetivas exigencias de la justicia. La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia con el mal, con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje como condición del perdón.

Así pues, la estructura fundamental de la justicia penetra siempre en el campo de la misericordia. Ésta, sin embargo, tiene la fuerza de conferir a la justicia un contenido nuevo, que se expresa de la manera más sencilla y plena en el perdón (Juan Pablo II, carta encíclica *Dives in misericordia*, del 30 de noviembre de 1980, n. 14).

Viernes

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Josué 24,1-13

En aquellos días, ¹ Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquén y convocó a los ancianos de Israel, a sus jefes, jueces y oficiales. Todos se presentaron ante Dios. ² Josué dijo a todo el pueblo:

—Así dice el Señor, Dios de Israel: Vuestros antepasados, Teraj, padre de Abrahán y de Najor, vivían antiguamente en Mesopotamia y servían a otros dioses. ³ Pero yo tomé a vuestro padre Abrahán de Mesopotamia y le hice recorrer toda la tierra de Canaán; multipliqué su descendencia y le di a Isaac. ⁴ A Isaac le di a Jacob y a Esaú. A Esaú le di en posesión la montaña de Seír, mientras que Jacob y sus hijos bajaron a Egipto.

⁵ Envié después a Moisés y a Aarón, y castigué a Egipto realizando prodigios. Después os saqué de allí. ⁶ Saqué de Egipto a vuestros padres y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a vuestros padres con carros y caballos hasta el mar Rojo. ⁷ Ellos clamaron al Señor, y él interpuso densas tinieblas entre vosotros y los egipcios e hizo irrumpir contra ellos el mar, que los anegó. Con vuestros propios ojos habéis visto lo que yo hice en Egipto. Después vivisteis mucho tiempo en el desierto. ⁸ Os introduje en la tierra de los amorreos, que viven al otro lado del Jordán; ellos combatieron contra vosotros, pero yo os los entregué; ocupasteis su tierra, porque yo los exter-

miné ante vosotros. ⁹ Balac, hijo de Sipor, rey de Moab, salió a combatir contra Israel y mandó llamar a Balaán, hijo de Beor, para que os maldijese. ¹⁰ Pero yo no escuché a Balaán, y él no tuvo más remedio que bendeciros; así os libré de su poder. ¹¹ Después, pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó; los jefes de Jericó combatieron contra vosotros, así como los amorreos, pereceos, cananeos, hititas, guergueseos, jeveos y jebuseos, pero yo os los entregué. ¹² Mandé delante de vosotros tábanos que pusieron en fuga a los dos reyes amorreos. Esto no se lo debéis a vuestra espada ni a vuestro arco. ¹³ Os he dado una tierra por la que vosotros no habíais sudado, unas ciudades que no edificasteis y en las que ahora vivís; coméis los frutos de las viñas y de los olivos que no habéis plantado.

➡ Memoria, reconocimiento, gratuidad. En los libros sagrados del Antiguo Testamento se recuerda a menudo la historia del pueblo a partir de Abrahán, que es su padre en la fe y en torno al cual se vuelven a enlazar constantemente los hilos de la memoria. En la magna asamblea de Siquén, celebrada cuando el pueblo se ha adentrado ya en la tierra prometida, se renueva de manera solemne la alianza con YHWH. Con cierta estructura ritual, y antes de la renovada adhesión de fe por parte del pueblo, Josué traza las grandes líneas de la historia de Israel, presidida siempre por la presencia del Señor; transmite la memoria de las admirables obras realizadas por el Señor, en su nombre, como una historia llevada a cabo por Dios mismo con sus siervos. Se trata del relato de todo lo que YHWH ha ido haciendo a lo largo de una peregrinación que arranca con los antepasados de Abrahán, hasta el momento presente, en el que se ven realizadas las promesas que le fueron hechas al amigo de Dios, a nuestro padre en la fe. En una síntesis vertiginosa se pasa revista a los padres y a los patriarcas de la historia del pueblo: Abrahán, Isaac, Jacob y sus hijos, que bajaron a Egipto. Después se recuerda el acontecimiento maravilloso de la liberación de Egipto, presente siempre en la memoria, como acontecimiento clave de la historia de Dios con el pueblo, la entrada en

la tierra prometida y las dificultades superadas contra los habitantes de esta tierra.

Todo es historia de Dios en favor del pueblo, que debe captar siempre y en todo la gratuidad de los dones de Dios, a fin de responder también con un corazón repleto de gratitud. Con este sentimiento se concluye la profesión de fe, memoria histórica de las obras de Dios. El pueblo tiene ahora una tierra que no ha sudado, habita en ciudades que no ha edificado, come el fruto de viñas y olivos que no ha plantado (v. 13). Todo es don de Dios.

Evangelio: Mateo 19,3-12

En aquel tiempo, ³ se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron:

—¿Puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo?

⁴ Jesús respondió:

—¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, *los hizo varón y hembra*, ⁵ y que dijo: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos uno sólo?* ⁶ De manera que ya no son dos, sino uno sólo. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

⁷ Replicaron:

—Entonces, ¿por qué mandó Moisés que el marido *diera un acta de divorcio a su mujer para separarse de ella?*

⁸ Jesús les dijo:

—Moisés os permitió separaros de vuestras mujeres por vuestra incapacidad para entender, pero al principio no era así. ⁹ Ahora yo os digo: El que se separa de su mujer, excepto en caso de unión ilegítima, y se casa con otra comete adulterio.

¹⁰ Los discípulos le dijeron:

—Si tal es la situación del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta casarse.

¹¹ Él les dijo:

—No todos pueden hacer esto, sino sólo aquellos a quienes Dios se lo concede. ¹² Algunos no se casan porque nacieron

incapacitados para ello; otros, porque los hombres los incapacitaron; y otros eligen no casarse por causa del Reino de los Cielos. Quien pueda poner esto en práctica que lo haga.

➡ No falta en la predicación de Jesús una precisión relativa a los temas más fundamentales de la vida. Jesús no rehúye la confrontación con la realidad humana, sino que ilumina con una nueva luz los puntos críticos de la vida de los hombres.

En el caso que nos ocupa se trata del matrimonio en el proyecto original del Creador. El Maestro, a la luz del relato fundacional del Génesis, recuerda la dualidad y la reciprocidad de la naturaleza humana creada por Dios en la pareja complementaria: «*varón y hembra*». La pareja es signo de un don recíproco, manifestado en la unión conyugal, que expresa la entrega total de ambas personas, la una a la otra. Se trata de un proyecto de Dios que no puede separar el hombre. En la práctica, es la afirmación del proyecto original de un matrimonio único e indisoluble.

Jesús ratificó esta misma doctrina siguiendo el itinerario de lo que había venido a realizar: cumplir la ley y no abolirla. Ahora bien, se trata de un reconocimiento que no siempre se ha llevado a cabo; es más, una sociedad demasiado machista ha hecho prevalecer sobre la debilidad de la mujer el repudio de ésta, como si sólo ella pudiera ser culpable. El restablecimiento del equilibrio de los derechos y de los deberes entre el hombre y la mujer en el matrimonio es también propio de Jesús.

Por otra parte, el Maestro –célibe por decisión propia, aunque esto era un hecho muy singular en su cultura– afirma de su propia cosecha, con fórmulas que encierran algo de enigmático, que se puede optar también por el celibato: no por la comodidad de no tener problemas,

sino para dedicarse por completo al servicio del Reino. Sin embargo, esta opción, según nos explica Jesús, es un don que viene de lo alto.

MEDITATIO

Uno de los aspectos fundamentales de la oración bíblica es el agradecimiento. El recuerdo agradecido de las obras realizadas por Dios en la historia del pueblo de Israel suscita la alabanza de bendición. Toda modalidad de oración que, con razón, se llama *b'rakhah*, «bendición» dirigida a Dios por sus beneficios, es una memoria. Antes incluso de ser una oración de súplica es una invocación de alabanza.

Como se dice con frecuencia, la oración judía es narrativa, cuenta la historia de Dios a través de la historia del hombre, a diferencia de la oración de los paganos dirigida a sus dioses, que era una súplica interesada, una invocación destinada a obtener beneficios, dado que, en verdad, poco podían contar de las cosas hechas por los dioses en favor de los hombres. No ocurre así con Israel, un pueblo que sabía orar y que, de hecho, oraba relatando, poniendo ante su Señor y ante el pueblo las maravillas de Dios, las grandes obras realizadas por él. Por eso el «Credo» del pueblo que aparece en la lectura del libro de Josué es una narración de sus obras.

Asimismo, sólo a partir de este principio de la gratuitad de Dios se puede comprender la lección que nos presenta el Evangelio. El matrimonio y la virginidad son dos vocaciones, dos proyectos de amor, en el designio de Dios. Tanto el uno como la otra no son opción del hombre, sino proyecto de Dios. Más aún, son un proyecto complementario de dos vocaciones que, si sólo fueran opción del hombre, serían dos deformaciones, sujetas a sus veleidades. Así, quien vive la gra-

cia del matrimonio, único e indisoluble, acepta y respeta la vocación del propio cónyuge. Y quien vive la virginidad por el Reino de Dios no lleva a cabo una opción egoísta o se resigna a un expediente de impotencia de amar. Viven todos, a partir de Dios, una opción de amor y de servicio recíproco en la comunidad que Jesús vino a fundar.

ORATIO

Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres. Todas tus obras destinadas a nosotros son acciones de amor y de misericordia. También hoy te bendecimos con nuestra acción de gracias, que tiene la eucaristía como su momento culminante.

En realidad, la historia de la salvación tiene como meta y síntesis la encarnación, la pasión y la resurrección de Jesús, tu amadísimo Hijo. En él se han cumplido todas las promesas, nos han sido dados todos los bienes, se han aclarado todos los enigmas, se han realizado todas las profecías.

Te damos gracias, oh Padre, por nuestra pequeña historia de salvación, hecha a partir de acontecimientos, de encuentros, de relaciones. Todo nos dice que eres tú quien teje con nosotros una historia de amor y que llevas a su cumplimiento, con la fuerza de tu Espíritu, tu designio de misericordia. Haz que cada uno de nosotros sepa reconocer en cada acontecimiento tu presencia y pueda decir, de verdad, que todo es gracia, porque *«es eterna tu misericordia»*.

También te damos gracias por el don precioso del matrimonio y de la virginidad, por las familias y por las personas consagradas. Haz que seamos fieles a tu designio de amor, de un amor que es santo y fecundo.

CONTEMPLATIO

En este mundo santo, bueno, reconciliado, salvado –mejor dicho, que ha de ser salvado, ya que ahora está salvado sólo en esperanza, *porque en esperanza fuimos salvados*–, en este mundo, pues, que es la Iglesia, que sigue a Cristo, el Señor nos dice a todos: *El que quiera venir conmigo que se niegue a sí mismo*.

Este precepto no se refiere sólo a las vírgenes, con exclusión de las casadas; o a las viudas, excluyendo a las que viven en matrimonio; o a los monjes y no a los casados; o a los clérigos, con exclusión de los laicos: toda la Iglesia, todo el cuerpo y cada uno de sus miembros, de acuerdo con su función propia y específica, debe seguir a Cristo.

Sígale, pues, toda entera la Iglesia única, esta paloma y esposa redimida y enriquecida con la sangre del Esposo. En ella encuentra su lugar la integridad virginal, la continencia de las viudas y el pudor conyugal.

Todos estos miembros, que encuentran en ella su lugar, de acuerdo con sus funciones propias, sigan a Cristo; niéguese, es decir, no se vanaglorien; carguen con su cruz, es decir, soporten en el mundo por amor de Cristo todo lo que en el mundo les aflija. Amen a Aquel que es el único que no traiciona, el único que no es engañado y no engaña; ámenle a Él, porque es verdad lo que promete. Tu fe vacila, porque sus promesas tardan. Mantente fiel, persevera, tolera, acepta la dilación: todo esto es cargar con la cruz (Agustín de Hipona, *Sermón* 96,9, en PL 38, col. 588).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Porque es eterna su misericordia*» (del salmo responsorial).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y de vivir el único Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo. Cuando no se estima el matrimonio, no puede existir tampoco la virginidad consagrada; cuando la sexualidad humana no se considera un gran valor donado por el Creador, pierde significado la renuncia por el Reino de los Cielos.

En efecto, dice acertadamente san Juan Crisóstomo: «Quien condena el matrimonio priva también a la virginidad de su gloria; en cambio, quien lo alaba hace la virginidad más admirable y luminosa. Lo que parece un bien solamente en comparación con un mal no es un gran bien, pero lo que es mejor aún que bienes por todos considerados tales, es ciertamente un bien en grado superlativo».

En la virginidad, el hombre está a la espera, incluso corporalmente, de las bodas escatológicas de Cristo con la Iglesia, dándose totalmente a la Iglesia con la esperanza de que Cristo se dé a ésta en la plena verdad de la vida eterna. La persona virgen anticipa así en su carne el mundo nuevo de la resurrección futura.

En virtud de este testimonio, la virginidad mantiene viva en la Iglesia la conciencia del misterio del matrimonio y lo defiende de toda reducción y empobrecimiento.

Haciendo libre de modo especial el corazón del hombre, «hasta encenderlo mayormente de caridad hacia Dios y hacia todos los hombres», la virginidad testimonia que el Reino de Dios y su justicia son la perla preciosa que se debe preferir a cualquier otro valor aunque sea grande; es más, que hay que buscarlo como el único valor definitivo. Por esto, la Iglesia, durante toda su historia, ha defendido siempre la superioridad de este carisma frente al del matrimonio, por razón del vínculo singular que tiene con el Reino de Dios.

Aun habiendo renunciado a la fecundidad física, la persona virgen se hace espiritualmente fecunda, padre y madre de muchos, cooperando a la realización de la familia según el designio de Dios (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 16).

Sábado

19ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Josué 24,14-19

En aquellos días, dijo Josué a todo el pueblo: ¹⁴ Así pues, respetad al Señor y servidle en todo con fidelidad; quitad de en medio de vosotros los dioses a los que sirvieron vuestros antepasados en Mesopotamia y en Egipto, y servid al Señor. ¹⁵ Si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién queréis servir, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros antepasados en Mesopotamia o a los dioses de los amorreos, cuya tierra ocupáis. Yo y los míos serviremos al Señor.

¹⁶ El pueblo respondió:

–Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses. ¹⁷ El Señor es nuestro Dios; él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto a nosotros y a nuestros padres. Él ha hecho ante nuestros ojos grandes prodigios y nos ha protegido durante el largo camino que hemos recorrido y en todas las naciones que hemos atravesado. ¹⁸ Él ha expulsado delante de nosotros a todos los pueblos y a los amorreos, que viven en el país. Así que también nosotros serviremos al Señor, porque Él es nuestro Dios.

¹⁹ Josué dijo al pueblo:

–Vosotros no seréis capaces de servir al Señor, porque él es un Dios santo, un Dios celoso que no tolerará vuestras transgresiones ni vuestros pecados. ²⁰ Si abandonáis al Señor para

servir a dioses extraños, Él se volverá contra vosotros y, después de haberos hecho tanto bien, os hará el mal y os exterminará.

²¹ El pueblo respondió:

–Nosotros queremos servir al Señor.

²² Josué les dijo:

–Sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido al Señor para servirlo.

Ellos respondieron:

–Lo somos.

²³ Y Josué añadió:

–Entonces quitad de en medio de vosotros los dioses extraños e inclinad vuestros corazones al Señor, Dios de Israel.

²⁴ El pueblo respondió:

–Serviremos al Señor, nuestro Dios, y obedeceremos su voz.

²⁵ Aquel día, Josué hizo una alianza con el pueblo y le dio leyes y preceptos en Siquén. ²⁶ Josué escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios, tomó una gran piedra y la erigió allí, debajo de la encina que había en el santuario del Señor, ²⁷ y dijo a todo el pueblo:

–Esta piedra será un testimonio contra nosotros, porque ella ha oído todo lo que el Señor nos ha dicho; será un testimonio contra vosotros para que no reneguéis de vuestro Dios.

²⁸ Después, Josué despidió al pueblo, y cada uno se volvió a su heredad.

²⁹ Algún tiempo después, murió Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, a la edad de ciento diez años.

➡ Con este episodio concluye el libro de Josué y termina, idealmente, la toma de posesión de la tierra prometida por parte de todo el pueblo que se dirige, según las tribus, al territorio en el que debe habitar. El momento es solemne. Se concluye una alianza que consta de tres momentos esenciales.

El *primero* es la invitación lanzada por Josué al pueblo para que se adhiera por completo al Señor, con integridad y verdad, en un servicio total, renunciando a todos los ídolos, incluso a los ancestrales, que habían

permanecido en la memoria colectiva, así como a los nuevos ídolos a los que el pueblo se había dirigido en el desierto (y tal vez también en la nueva tierra). El cabeza da ejemplo en nombre de su casa y de su tribu. Viene a continuación la respuesta del pueblo en una magna purificación de la memoria y con una renuncia colectiva a los ídolos para servir a Dios.

Hay aún un *segundo* momento ritual: Josué anuncia la realidad del Dios de Israel, el Dios de la alianza, que es santo y celoso a la vez, como ha demostrado en otros momentos a lo largo del camino por el desierto. Y lo hace con una amenaza que refuerza el temor de Dios: éste podría dar la espalda al pueblo y, tras haberle procurado sus beneficios, podría repudiarlo.

Por último, en un *tercer* momento, resuena dos veces la profesión de fe del pueblo, referida ya en otro lugar a petición de Moisés. Se trata de una promesa de alianza diligente y concreta de palabra y de obra (v. 24: «*Serviremos al Señor, nuestro Dios, y obedeceremos su voz*»). A pesar de la fuerza de la adhesión, ésta seguirá siendo débil y endeble, como demostrará la historia posterior. Sin embargo, Dios seguirá siendo fiel a la promesa y al establecimiento de una nueva alianza. El servicio de Dios, el *Fiat*, el sí de la colaboración incondicionada, el eco fiel de la promesa de los padres, será personificado al final de los tiempos por la Hija de Sión, María, la sierva del Señor, la mujer que representa a todo el Israel de Dios.

Evangelio: Mateo 19,13-15

En aquel tiempo, ¹³ le presentaron unos niños para que les impusiera las manos y orase. Los discípulos les regañaban, ¹⁴ pero Jesús dijo:

—Dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí, porque de los que son como ellos es el Reino de los Cielos.

¹⁵ Después de imponerles las manos se marchó de allí.

➡ El breve pasaje evangélico que acabamos de leer nos presenta a Jesús en contacto con los pequeños, con los niños. Ellos pertenecen al Reino no sólo en virtud de un hecho de carácter sociológico –en cuanto incluidos asimismo en la relación hombre-mujer, como fruto de la paternidad y de la maternidad, en cuanto forman parte del pueblo–, sino precisamente en virtud de su persona, que tiene un gran valor a los ojos de Dios. Presentan a Jesús un grupo de niños, probablemente por sus madres, para que el Maestro les dispense algún gesto de benevolencia y de bendición, una caricia y una oración (v. 13a). La reacción de los discípulos, además de un comportamiento tosco, aunque espontáneo, para intentar liberar al Maestro de una incómoda turba de mocosos (v. 13b), revela tal vez un dato cultural de la época: la poca atención que se prestaba a los pequeños, lo poco que contaban los niños en cuanto niños. En realidad, los adultos despreciaban a los pequeños en la cultura de aquel tiempo.

También en lo que respecta a esta categoría social restablece Jesús el sentido de la dignidad original; más aún, se refiere a ella con un trato de predilección: *«Dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí»* (v. 14). Jesús confirma su disponibilidad para la acogida del Reino no sólo como una cualidad moral, como quien se hace pequeño y se convierte, sino también por una situación existencial, por su inocencia y su disponibilidad, no resquebrajada por la malicia de ulteriores experiencias personales. También Jesús aceptó vivir una experiencia humana de niño y le dio un sentido a este momento de la vida humana. Hay, por consiguiente, en las palabras del Maestro una advertencia sobre la proximidad entre él y los niños, entre la existencia de los niños en medio de nosotros y el destino de todos, desde pequeños, a la persona de Jesús, a quien pertenecen, y a su Reino.

MEDITATIO

«*Serviremos al Señor, nuestro Dios*». La ratificación de la alianza en Siquén está expresada con una fórmula que indica bien la interioridad del compromiso que asume el pueblo ante Dios. Se trata de la actitud, al mismo tiempo interior y exterior, de una entrega total. «Servir al Señor» supone una donación total de la propia vida, una dedicación de nuestro propio ser y de nuestras propias cualidades a la plena realización de su designio de amor en favor de la humanidad. Es abrir nuestra propia existencia a la voluntad del Señor, expresada en los preceptos de la alianza no como puras normas de conducta, sino más bien como senderos de santidad personal, comunitaria y social.

El Señor ha puesto remedio a la insuficiencia de la ley antigua y de la alianza mosaica con la nueva alianza en el Espíritu. El obsequio de la mente y de la voluntad, el suave plegarse de lo humano a lo divino, constituye la novedad de un servicio en el que el amor y el temor, la condición de siervos y de hijos, el mandamiento exterior y la libertad interior, la adhesión plena de amor a la voluntad salvífica de Dios, se manifiestan como la ley nueva del Espíritu en el corazón del creyente.

De este modo, la persona humana ofrece a Dios su propia libertad y la hace omnipotente. La dignidad de la persona humana alcanza su cima cuando con amor, con libertad y sin miedo sirve al Señor. El modelo de esta entrega libre lo tenemos en María, la madre y la sierva del Señor.

ORATIO

Queremos vivir, Señor, con alegría la espiritualidad del servicio, la amorosa adhesión a tu voluntad. No es un mandamiento despótico el que nos propones, sino

la guía amorosa y paterna de una vía real la que tú nos indicas.

Doblega con la fuerza amorosa de tu Espíritu la dureza de nuestro corazón, llena de tu soplo divino nuestro ser, para que podamos ofrecerte con libertad y con un profundo sentido de gratitud todo lo que somos. Haznos como niños del Reino, totalmente confiados en tu plan de amor por nosotros, totalmente abiertos a tus inspiraciones. Haz que cada vez que recitemos la oración del Padrenuestro sintamos que se renueva la alianza de nuestro bautismo. Que nuestra oración sea una consagración total de nuestra existencia a servirte con amor, para que venga tu Reino a nosotros y al mundo.

Con la mirada dirigida a tu Sierva, también nosotros decimos: *«Hágase en mí según tu palabra»*.

CONTEMPLATIO

Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero, unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre (cf. Jn 8,29). Adheridos a Cristo, podemos llegar a ser un solo espíritu con él y, así, cumplir su voluntad: de esta forma ésta se hará tanto en la tierra como en el cielo (Orígenes). Considerad cómo Jesucristo nos enseña a ser humildes, haciéndonos ver que nuestra virtud no depende sólo de nuestro esfuerzo, sino de la gracia de Dios. Él ordena a cada fiel que ora que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice: «Que tu voluntad se haga» en mí o en vosotros, sino: «En toda la tierra», para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud

vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2825).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Serviremos al Señor, nuestro Dios» (Jos 24,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Del mismo modo que una gavilla cogida por el centro se prolonga hacia sus extremos, así la vida de María está concentrada en torno a su «sí», que le confiere sentido y forma, y desde aquí se despliega tanto hacia atrás como hacia adelante. Su «sí» da pleno sentido a cada momento, a cada gesto, a cada oración de la Madre del Señor. Ésta es, en efecto, la naturaleza de un «sí»: liga a quien lo pronuncia, pero le concede al mismo tiempo plena libertad de realización. También la infancia de María está esclarecida por la luz de su «sí». La infancia representa siempre un momento preparatorio de concentración en vistas a la acción decisiva que seguirá en una segunda fase, y será, en el caso de María, nada menos que el «sí» capaz de determinar todo.

Su «sí» es, sobre todo, gracia. No representa sólo su respuesta humana a la propuesta de Dios; es una gracia tan grande que es, al mismo tiempo, la respuesta divina a toda su vida. María pronuncia la respuesta esperada por la gracia y acepta así la llamada de Dios. Su aceptación significa para ella ponerse a disposición de esta llamada con una entrega plena; entregarse con toda la fuerza y con la profundidad de su ser y de sus facultades.

Dios no ha concedido a nadie un poder de colaboración más grande que el que concedió a María. La sierva se vuelve Madre, y la Madre, Esposa. Desde este momento en adelante, el *Fiat* se extiende a todos: se convierte en un bien de la Iglesia en forma de oración al Padre que adquiere su carácter católico y eucarístico; así como en su difusión cuando el Hijo entrega a los

hombres su oración personal al Padre, recibida de la Madre. Ella está viva en cada *Fiat* particular que se pronuncia en la comunidad del Señor (A. von Speyr, *L'Ancella del Signore Maria*, Milán 1986, pp. 7-10, 15ss, *passim* [edición española: *La esclava del Señor*, Encuentro Ediciones, Madrid 1991]).